

LOS CLÁSICOS

Jack London: una biografía de aventuras

por Begoña Gárate*

No resulta demasiado difícil presentar un perfil biográfico atractivo del escritor Jack London. El simple relato cronológico de los acontecimientos que jalonaron su vida constituye por sí mismo una emocionante aventura. Bien podría tratarse de una más de sus narraciones, en las que con tanta fuerza se reflejan la grandeza y la miseria de la condición humana. Pasemos, así pues, a reseñar someramente algunos de los múltiples avatares que contribuyeron a modelar su personalidad desde muy temprana edad, y que tan estrechamente ligados están a su obra literaria.

Nació nuestro autor el 16 de enero de 1876 en la ciudad de San Francisco, fruto de las relaciones amorosas de un pareja muy peculiar. Su madre, Flora Wellman, fue una mujer de carácter inestable y aficionada al espiritismo, y su padre, Willian H. Chaney, un intelectual con dotes literarios, cuyo principal interés radicaba en la astrología. Cuando Jack nació, sus progenitores no mantenían ya ningún



Jack London a bordo. Ed. Vicens Vives.

tipo de relación, y de hecho Chaney siempre negó su paternidad. Su apellido se lo daría John London, con el que Flora se casó a los ocho meses de haber nacido el niño, y adoptaría como nombre definitivo el de Jack, cuando a los trece años hubo de pasar a ser el cabeza de familia a raíz de un accidente de su padrastro. Ya para entonces había estado compaginando sus estudios primarios en la escuela de

Oakland con trabajos de diversa índole a fin de contribuir al sostenimiento de la precaria economía familiar. Así que no es de extrañar que a los catorce decidiera comprarse una barca, la *Razzle-Dazzle*, gracias al préstamo de 300 dólares que le hiciera su «tía» Jennie, y se dedicara a la piratería de ostras en la bahía de San Francisco. Pudo comprobar que en una sola noche de «faena» ganaba lo mismo que durante tres meses de honrado trabajo en la fábrica de conservas con una jornada de diez a doce horas diarias. Al poco tiempo lo encontramos todavía por los muelles, pero ahora como empleado eventual de la Patrulla Pesquera de California, es decir, persiguiendo a los pescadores furtivos de ostras, una actividad en la que él mismo era todo un experto.

Tras estos años adolescentes de duro trabajo, de ambientes desenfrenados y de exceso de alcohol, llega su enrolamiento en el *Sophie Sutherland*, una goleta dedicada a la caza de focas en el Pacífico. La impronta que



Jack London. Ed. Vicens Vives.

dejó en él la ruda experiencia diaria de su vida a bordo durante siete meses, queda fielmente reflejada en su novela *El lobo de mar* (1904).

Pero aún no había sonado la hora del triunfo para Jack London. Y a su regreso ha de volver a trabajar «como un animal» por un mísero salario, en una fábrica de yute primero, y cargando carbón a pala en una central eléctrica más tarde. A los dieciocho años está London desesperado ante la explotación a que se ve sometido, y de-

cide dirigirse al Este en busca de nuevos horizontes. Los doce meses que estuvo recorriendo como vagabundo los Estados Unidos (sumándose a la marcha del Ejército Industrial de Kelly, que pretendió llegar a Washington en solicitud de ayudas gubernamentales para los desempleados) no hacen más que confirmar lo que ya conocía por su propia experiencia: que la sociedad es injusta, y que la opulencia de los menos es fruto de la opresión de los más. Y sin duda que

los días que hubo de pasar en una cárcel de Búfalo, por el delito de ser un vagabundo que duerme en la calle y no en un hotel, también debieron ayudarlo a reflexionar. En conclusión, lo único que tenía claro a su regreso a Oakland era que no quería ser un miembro más del ejército de los explotados, y que a lo que le tenía que sacar partido era a su inteligencia, y no a su fuerza física.

Al cumplir los diecinueve ingresa London en la Escuela Secundaria de Oakland, donde su carrera literaria y sus escarceos políticos como entusiasta socialista se van consolidando. Aparecen sus publicaciones en la revista de la escuela, y se amplía considerablemente su círculo de amistades. Hasta entonces los únicos logros literarios con los que contaba eran: un abundante bagaje literario, fruto de sus numerosas, aunque atropelladas, lecturas desde los primeros años de su vida, allá en la biblioteca pública de Oakland, y aquel primer premio de veinticinco dólares que obtuvo en el concurso organizado por el periódico de San Francisco *Morning Call* con su «Relato de un tifón frente a las costas japonesas», escrito a la vuelta de su viaje por los mares del Pacífico.

Señalan sus biógrafos que la lectura de *Signa*, de la novelista Ouida (María Luisa de La Ramée) que relata la historia de un niño italiano ilegítimo que termina convirtiéndose en un gran compositor, debió de dejar, sin duda, una gran impronta en el jovencísimo, y también hijo ilegítimo, Johnny: todo era posible de conseguir en este mundo, aun teniendo en contra todos los elementos; sólo había que tener la decidida voluntad de superar los obstáculos. Y para predicar con el ejemplo, acelera el ritmo de los estudios secundarios que le han de permitir el acceso a la Universidad, dedicándose a estudiar de forma exhaustiva durante el verano del 1896. Aprobados los exámenes se incorpora a la Universidad de California ese mismo año. Mas el destino no pare-

JACK LONDON



cía dispuesto a facilitarle el camino, y al cabo de unos meses ha de abandonar sus estudios y volver al mundo del trabajo para seguir sacando adelante a su familia.

Con todos los originales que había enviado al Este rechazados, y un trabajo exhaustivo a sus espaldas en una lavandería, surge en su vida una nueva oportunidad, que habría de resultar decisiva para su carrera literaria. En la primavera de 1897 se descubrió oro en el Klondike (Alaska), y acto seguido estallaba la fiebre de los buscadores de oro. London decide embarcarse para estas tierras heladas del Norte ese mismo verano, y cuando al cabo del año regresa con casi medio cuerpo paralizado, de cintura para abajo, a causa del escorbuto, lo hace con toda una fortuna, pero no en oro. Ahora sí que había encontrado un filón del que durante los meses que siguieron sabría extraer magistralmente la más fina mena: esas bellas historias que fueron apareciendo en diversas revistas durante la primavera del 99, y que constituyen auténticas obras maestras por su fuerza, viveza y precisión.

Empieza ahora una nueva vida para London y su madre, ya viuda. Se trasladan a una casa más confortable y su vida social se intensifica, siempre ro-

deado de «amigos» y gentes de toda condición, para quienes permanentemente tenía abiertas las puertas el sorprendente escritor. En 1900 aparece su primer libro, *El hijo del lobo*, que incluye varias historias breves. Continúan otras recopilaciones, y en 1903 se publica *La llamada de lo salvaje*, obra que le consagrara definitivamente. Le siguen *El lobo de mar*, (1904), *Colmillo Blanco* (1906), *Martín Edén* (1908), etc., por citar algún título de los cincuenta libros que publicara entre novelas, cartas, ensayos, obras de teatro, y sobre todo relatos breves a los que el paso del tiempo no ha hecho más que ennoblecer, convirtiendo a su autor en uno de los clásicos.

Su vida privada sigue siendo una aventura, pero ahora de tintes ya más prosaicos. En 1905 se casa por segunda vez, con Charmian Kittredge, a los dos días de obtener el divorcio de su

primera esposa, Bessie Maddern, con la que había contraído matrimonio en 1900. Adquiere un extenso rancho en California y con ello comienza la escalada de desatinos en pos de hacerse con un latifundio, un proyecto tan megalómano como condenado al fracaso. Un nuevo desacierto fue su decisión de fabricarse él mismo un barco, el *Snark*, en el que anduvo navegando dos años, que terminaron de minar su salud, aunque le permitieron recoger nuevos materiales para sus relatos.

Muere London a los cuarenta años por una sobredosis de narcóticos (según algunos un suicidio) con los que intentaba mitigar los dolores de su enfermedad. La última etapa de su vida fue hasta cierto punto contradictoria con el credo del que se había alzado como profeta.

Para terminar, y como explicación de los elementos contradictorios que se observan tanto en la vida como en la obra de London, digamos que fue un individuo, que demostró ser un «superhombre» nietzscheniano, y que como tal comulgaba con las ideas del científico Darwin y del filósofo Spencer. En cambio, las circunstancias de injusticia social y de dureza que le tocaron vivir en su infancia, unidas a su especial sensibilidad ante todo lo humano le hicieron simpatizar y defender los postulados asumidos por el socialismo de su época. De ahí se explica que sus obras hayan despertado entusiasmo tanto en la Rusia comunista como en la Alemania nazi, y que la lectura de una novela como *El lobo de mar* dé pie a extraer conclusiones contrarias: para unos representa una exaltación del superhombre que se hace a sí mismo; para otros, en cambio, es una prueba de que el individualismo a ultranza no conduce a ninguna parte y termina por destruir a quien no quiere vivir integrado en la sociedad. ■



Militares japoneses comprueban las credenciales de corresponsal de guerra de Jack London en 1904. (Ed. Vicens Vives).

* Begoña Gárate Ayastuy es licenciada en Filología Inglesa y traductora.